

dad del Señor, disgustarte de la oracion, obligarte á mentir ó á traicionar á tus hermanos en la confession, volverte envidioso, solapado, calumniador, delator. Quieren hacer de tí un perverso, estúpido é infame. Quieren enseñarte que el primero de los bienes es la intemperancia y la ociosidad; que para entregarse á ellos en paz, es preciso sacrificarlo todo, despojar todo recuerdo de su grandeza, comprimir todo noble instinto. Quieren hacerte conocer el ódio hipócrita, la venganza paciente, la cobardia y la ferocidad. Quieren que tu alma muera por haber sido alimentada con miel, por haber amado la suavidad y la inocencia. En una palabra quieren hacer de tí un fraile. He ahí lo que intentan, hijo mio; he ahí lo que persiguen de comun acuerdo, los unos por cálculo, los otros por instinto, los menos malos por debilidad, por obediencia y por temor.

—¿Qué oigo? exclamé: ¿en que mundo de iniquidad haceis entrar mi alma trémula! ¡Padre Alejo, padre Alejo! ¿en que abismo habria caido si así fuese? ¡Oh cielos! ¿no os engañais? ¿No os ciega el recuerdo de alguna injuria personal? ¿Este monasterio estaria solo habitado por frailes prevaricadores? ¿Debo buscar acaso entre almas mas cándidas la fe y la caridad que un protervo demonio parece haber arrojado de estos malditos muros?

—En vano buscarás un convento menos pervertido y monges de mejor conducta; todos son iguales. La fe está perdida en la tierra y el vicio queda impune. Acepta el trabajo y el dolor: vivir es trabajar y sufrir.

—¡Sí, acepto, acepto! pero quiero sembrar para recoger. Quiero trabajar dentro de la fé y de la es-

peranza; quiero sufrir segun la caridad. Huiré de este abominable receptáculo de crímenes; rasgaré esta blanca túnica, mentido emblema de una vida de pureza. Volveré al mundo ó me retiraré á solitario asilo para llorar las faltas del género humano y preservarme del contagio....

—Muy bien, me dijo el padre Alejo estrechando entre sus manos las mias que yo retorcia con desesperacion. Compláceme ese movimiento de indignacion y ese rasgo de valor. He sufrido esas mismas angustias y he formado tambien esas resoluciones. Como tú he querido huir, he deseado vivir entre los hombres del siglo ó encerrarme en antros inaccesibles; pero escucha los consejos que me dió el Espíritu en los tiempos de mi prueba; grábalos en tu memoria:

«No digas: Viviré entre los hombres y seré el mejor de ellos, porque la carne es débil y tu espíritu se extinguirá como el suyo en la vida de la carne.

»Tampoco digas: Me retiraré en la soledad, porque el espíritu del hombre se inclina al orgullo y el orgullo corrompe el espíritu.

»Vive con los hombres que te rodean. Guárdate de su malicia. Busca tu soledad entre ellos. Aparta la vista de su iniquidad, mirate á tí mismo y guárdate de aborrecerles tanto como de imitarles. Hazles bien en lo presente, no cerrándoles tu corazón, ni tu mano. Hazles bien en lo porvenir abriendo tu espíritu á la luz del *Espíritu*.

»La vida del siglo debilita, la vida del desierto irrita.

»Cuando un instrumento está expuesto á la in-

temperie, sus cuerdas se aflojan; cuando está encerrado falto de aire en un estuche, sus cuerdas se rompen.

»Si escuchais el sentido de las palabras humanas, olvidarás el Espíritu y no te será ya posible comprenderle. Pero si no dejas llegar hasta tí los sonidos de la voz humana, olvidarás á los hombres y no te será dable enseñarlos.»

Al recitar estos versículos de una Biblia desconocida, el padre Alejo tenia abierto el libro que y le habia visto entre manos y volvía las hojas para consultarlo como si ayudara á su memoria con algun texto escrito; pero las páginas de aquel libro estaban en blanco y no parecían haber sufrido jamás la impresion de algun carácter.

Este hecho extravagante despertó nuevamente mis zozobras y empecé á observar al padre Alejo con curiosidad. Exteriormente nada anunciaba en él estravío ni exaltacion. Cerró suavemente el libro y hablándome con calma prosiguió.

Guárdate de volver al mundo porque eres un niño débil y si el viento de las pasiones hacia sentir su soplo sobre tí, extinguiría la luz de tu inteligencia. Quizá no fueras bastante fuerte para resistir el aguijon de la concupiscencia y de la vanidad. En cuánto á mí he huido del mundo porque era fuerte y porque las pasiones habian cambiado mi fuerza en furor: hubiera vencido la preocupacion y abatido la lujuria, pero hubiera sucumbido á las tentaciones de la ambicion y del odio siendo duro, intolerante, vengativo, orgulloso, es decir, egoista. Ambos hemos nacido para el claustro. Cuando un hombre ha oido al Espíritu llamarle, aun cuando haya sido única-

mente una vez y aún débilmente, debe dejarlo todo para seguirlo y permanecer á donde le haya conducido, por mal que se encuentre. Volver hacia atrás no está ya en su poder y cualquiera que haya despreciado una vez la carne por el espíritu, no puede nunca volver á los placeres de la carne, porque la carne revelada se venga y quiere entónces arrojar al espíritu, entablándose una lucha terrible en el corazon del hombre, en donde la carne y el espíritu se devoran uno al otro; el hombre sucumbe y muere sin haber vivido. La vida del espíritu es una vida sublime, pero penosa y dolorosa. No es inútil precaucion colocar paredes, muros de piedra y rejas de bronce entre el reino de la carne y el contagio del siglo. No es demasiado para encadenar el apetito de las cosas mundanas, bajar vivo á una tumba sellada. Pero es consolador verse rodeado de otros hombres dedicados al culto del espíritu aunque sea en apariencia. La institucion de las comunidades religiosas, obra fué de gran talento. ¿Qué se ha hecho de aquel tiempo en que los hombres se amaban como hermanos y trabajaban de consuno, ayudándose caritativamente unos á otros á implorar, á perseguir al espíritu, á vencer los groseros consejos de la materia. Toda luz, todo progreso, toda grandeza ha salido del claustro, pero toda luz, todo progreso, toda grandeza deben fenecer en él, si algunos de nosotros no perseveráramos en la espantosa lucha á que la ignorancia y la impostura entregan á la verdad. Sostengamos este combate con encarnizamiento, prosigamos nuestra empresa, aún que tuviésemos contra nosotros toda la legion infernal. Si nos cortan los brazos, asiremos el buque con los dientes, por-

que el Espíritu está con nosotros. Aquí es donde habita; caiga la desgracia sobre los que profanan su santuario. Permanezcamos fieles á su culto y si somos mártires inútiles, no seamos al menos cobardes desertores.

—Teneis razon, padre, le contesté, yo impresionado por aquellas palabras. Vuestra doctrina es la de la sabiduría. Quiero ser vuestro discípulo y trazar mi linea de conducta, segun vuestras determinaciones. Decidme lo que debo hacer para conservar mis fuerzas y proseguir animosamente la obra de mi salvacion en medio de las persecuciones que se me suscitan.

--Sufrirlas todas con indiferencia, respondió, esto será fácil tarea si consideras cuan poco vale el aprecio frailuno y la flaqueza de sus medios contra nosotros. Fodrá suceder que á la vista de una víctima inocente como tú y como tú maltratada, sientas arder tus entrañas de indignacion, pero tu papel en lo que te concierne personalmente, es sonreírte y esta es la única venganza que has de tomar de sus vanos esfuerzos. Tu indiferencia debilitará su animosidad. Lo que desean es insensibilizarte á fuerza de dolor; alcánzalo en puro de valor ó de razon, son tan estúpidos que caerán en el engaño. Enjuga tus lágrimas, componte un rostro sin espresion, denota gran sueño y mucho apetito, no pidas mas la confesion, no te presentes ya en la iglesia ó finge estar en ella soso é indiferente. Cuando te verán así no te tendrán miedo y dejando de representar tan abyecta comedia, serán indulgentes contigo, como lo es un maestro perezoso con un discípulo inepto. Haz lo que te digo y te pronostico que ántes de tres dias,

el prior te mandará llamar para firmar las paces contigo.

Antes de dejar al padre Alejo le hablé del personaje que habia encontrado al salir de la iglesia y le pregunté quien podia ser. Al principio me escuchó con prevencion meneando la cabeza, como para darme á entender que ni conocia, ni se cuidaba de conocer dignatario alguno de la órden; pero á medida que le detallaba las facciones y el traje del desconocido, su vista se animaba y acabó por abrumarme á preguntas. El minucioso cuidado que puse en contestar acabó de grabar en mi memoria el recuerdo de aquel que creo ver aún y que no veré mas.

Por fin el padre Alejo, cogiéndome las manos con profunda espresion de ternura y de alegria, exclamó:

—¿Es posible? ¿Es posible? ¿Tú has visto eso? ¿ha vuelto pues? ¿Está pues con vosotros? ¿Te ha conocido, te ha llamado? ¡El arrancará la flecha de tu corazon! ¿Eres bien tú, hijo mio, tú quien le ha visto?

—¿Quién es pues padre mio este amigo desconocido que ha cautivado instantáneamente mi corazon? Dádmelo á conocer, llevadme hácia; él decide que me ame como yo os amo y como parece que me amais tambien. ¡Con qué agradecimiento abrazaria yo aquel, cuya visita infunde en vuestra alma tal alegria!

—No está en mi poder ir á su encuentro, respondió el padre Alejo, él es quien viene hácia mí y es preciso esperarle. Sin duda le veré hoy y te diré lo que deba decirte: hasta entonces no me dirijas pregunta alguna; me está vedado hablar

de él, no digas tampoco á nadie lo que acabas de decirme.

Objeté que no me habia parecido, que el extranjero obrase de un modo misterioso y que el converso debia de haberle visto. El padre sacudió la cabeza sonriéndose.

—Los hombres de la carne, no lo conocen, dijo.

Aguijoneado por la curiosidad subí aquella misma noche á la celda del padre Alejo, pero se negó á abrirme la puerta.

—Déjame solo, me dijo, estoy triste, no podria consolarte.

¿Y vuestro amigo? le pregunté con timidez.

—Cállate respondió con tono absoluto; no ha venido, se ha ido sin verme, quizá volverá. No te inquietas por ello, no gusta que hablen de él. Véte acostar y pórtate del modo que te he dicho.

Marchábame cuando me llamó para preguntarme:

—¿Angel, ha hecho sol esta mañana?

—Si padre mio, un sol brillante, la mañana era hermosísima.

—¿Y cuándo has visto á esa persona, brillaba el sol?

—Sí, padre mio.

—Bueno, bueno, repuso él, hasta mañana.

Seguí el consejo del padre Alejo y quedeme en cama todo el dia. Por la noche bajé al comedor cuando toda la comunidad estaba reunida; un plato de carne humeaba, me abalancé hácia él como perro hambriento y lo devoré. Luego en lugar de escuchar, como acostumbraba, con recogimiento, la vida de los santos que se leía en voz alta, puse los codos

encima de la mesa y fingí caer en una bestial soñolencia. Entónces los novicios que se habian desviado de mí con horror, al verme doliente y conrito, se pusieron á reir de mi embrutecimiento y oí á los superiores avivar esta crasa alegría, con la suya. Continué esta ficcion durante tres dias, y como habia predicho el padre Alejo, en la tarde del tercero se me mandó acudir á la celda del prior. Comparecí ante él con actitud temerosa y sin dignidad, afectando modales desaliñados, un aire torpe y una alma embotada. Hacia todo esto no para reconciliarme con aquellas gentes que empezaba ya á despreciar, sino para ver si el padre Alejo, los habia juzgado bien. Pude convencerme de la exactitud de sus palabras, al oír al prior que me anunciaba haberse sabido por fin la verdad, que habia sido acusado injustamente de una falta que un novicio acababa de confesar.

El prior debia, decia él, en atencion á la contricion del culpable y al espíritu de caridad, ocultarme su nombre y la naturaleza de su falta, pero me exortaba á que volviese á ocupar mi sitio en la iglesia, que continuase mis estudios en el noviciado, sin conservar ódio, ni rencor contra persona alguna. Despues mirándome atentamente, añadió:

Sin embargo, tiene V. derecho, querido hijo mio á una pública reparacion ó á una compensacion agradable por la injusticia sufrida. Elija V. entre recibir en presencia de toda la comunidad, las excusas de los novicios que con sus oficiosas relaciones nos han inducido en error, ó bien estar dispensado durante un mes de la asistencia á los oficios nocturnos.

30732

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Deseando proseguir mi experiencia, opté por el último ofrecimiento y enseguida el prior tomó conmigo un aire de benevolencia y de familiaridad. Abrazóme y habiendo entrado en aquel momento el padre tesosero dijo:

—Todo está arreglado; este muchaho pide como única indemnizacion de los pesares que involuntariamente le hemos causado un poco de descanso durante un mes. Por lo demás, acepta humildemente las excusas tácitas de sus acusadores y se resigna en este punto con mucha dulzura y amable indiferencia.

—Gracias á Dios dijo el tesorero con estrepitosa risa y golpeando mi megilla familiarmente añadió: así es como nosotros le queremos, así le necesitamos, con este carácter tan bueno y apacible.

El padre Alejo me dió otro consejo, y fué el de pedir permiso para dedicarme á las ciencias y ser su discípulo y el preparador de sus experimentos físicos y químicos.

Verán con gusto que aceptes este empleo, me dijo, porque lo que mas se teme aquí es el fervor y el ascetismo. Cuanto puede desviar la inteligencia de su verdadero fin aplicándola á las cosas materiales es secundado por el prior. Mas de cien veces me ha propuesto asociarme un discípulo y temiendo encontrar un espía y un traidor en los individuos que me proponía, he desechado la proposicion con pretextos diferentes. Una vez se me quiso hacer fuerza sobre este punto, pero declaré que abandonaria el observatorio, que no me cuidaria mas de ciencia, si no me dejaban vivir solo y á mi gusto. Cedieron porque por un lado no habia nadie capaz de

reemplazarme y los monges tienen una vanidad inmensa en parecer sábios y en acompañar los viajeros á sus gabinetes y bibliotecas; y por otro saben que no me falta energía y prefieren deshacerse de ella en provecho de especulaciones científicas que no despiertan aquí celos, en lugar de empeñarla en una lucha en la que mi alma no se doblegaria jamás. Vé pues, diles que tienes permiso mio para dirigir tu peticion. Si vacilan, finge despecho, ponte sombrío durante algunos días, quédate sin cesar prosternado en la iglesia, gime, suspira, muéstrate huraño, exaltado en tu devocion y temiendo no te vuelvas santo, procurarán hacer de tí un sabio.

Encontré al prior mejor dispuesto á conceder mi peticion que lo que me habia hecho esperar el padre Alejo. Al recibir mis palabras de agradecimiento fijó en mí una mirada penetrante en la cuál habia algo de mordaz y de satírico, algo equivalente á la satisfaccion de un hombre que se frota las manos. Abrigaba en su alma un pensamiento que ni el padre Alejo ni yo presentimos.

Se me dispensó enseguida gran parte de mis ejercicios religiosos, á fin de poder dedicar este tiempo al estudio y se colocó mi causa en una pequeña celda próxima á la del padre Alejo, á fin de que por la noche pudiese entregarme con él á la contemplacion de los astros.

Desde entonces contraí con el padre Alejo, estrechísima amistad, la cuál diariamente se acrecentó á medida que iba descubriendo los inagotables tesoros de su alma. No ha existido sobre la tierra corazon mas tierno, solicitud mas paternal y paciencia mas angélica. Puso tal celo y tal perseverancia en

mi instruccion que toda la gratitud del mundo no podria pagarle. Así es que dificilmente puedo explicar la ansiedad con que verá decaer su salud. ¡Con qué cariño lo cuidaba noche y dia procurando adivinar sus menores deseos en sus apagadas miradas. Mi presencia parecia haber devuelto la vida á su corazon, por tanto tiempo huérfano de afecto y segun su expresion hambriento de cariño. Pero mientras su espíritu cobraba vigor y actividad, su cuerpo se debilitaba progresivamente. Casi no dormia, su estómago no digería mas que líquidos y la parálisis atacaba alternativamente sus miembros. Sentía aproximarse el fin de su existencia con serenidad, sin temor y sin impaciencia. Yo le veía aniquilarse con desesperacion: me habia enseñado un mundo desconocido; mi corazon ávido de amor se cernia con placer en esa vida de sentimiento, de confianza y de efusion que acababa de revelarme.

Cuántos pensamientos acudieron á mi imaginacion acerca del desórden de su cerebro se habian desvanecido. Parecióme ya siempre que su exaltacion misteriosa era el vuelo del génio; su oscuro lenguaje se me hacia de cada vez mas inteligible y si alguna vez no lo comprendia bien, daba la culpa á mi ignorancia, animándome la esperanza de llegar á penetrarle perfectamente.

Esta felicidad no carecia sin embargo de nubes. En el fondo de mi timorata conciencia habia un gusano roedor. Parecióme que el padre Alejo no creia en Dios segun las leyes de la Iglesia cristiana. Aún más parecióme á veces que no servia al mismo Dios que yo. Jamás estábamos en abierta disidencia sobre punto alguno porque él evitaba cuidadosa-

mente toda relacion entre los asuntos de nuestros estudios científicos y las doctrinas del dogma. Parecia que naturalmente nos otorgábamos esta concecion, él de no atacarlas, yo de no defenderlas. Cuando por casualidad le exponia un caso de conciencia ó una dificultad teológica se negaba á darme explicaciones diciéndome:

Esto no entra en mis atribuciones; teneis doctores versados en esta materia, id á consultarles las cosas del culto, yo no me pierdo en el laberinto escolástico; sirvo á mi Señor como entiendo y no pregunto á ningun director lo que he de admitir ó rechazar; mi conciencia está en paz consigo misma y soy demasiado viejo para ir al confesonario á tranquilizarme.

Su tema favorito era hablar sobre *la carne y el espíritu* y aunque no mostrase nunca su oposicion con la fé, trataba siempre estas materias mas como filósofo metafísico que como celoso servidor de la Iglesia católica romana.

Tambien habia notado una cosa que me daba mucho que pensar. A menudo mostrábase preocupado con respecto de mi instruccion científica y entonces me hacia emprender experiencias químicas que yo mismo juzgaba insignificantes y torpes, gracias á las lecciones que ya me habia dado. Luego de repente me interrumpia en mis manipulaciones para hacerme buscar aclaraciones que él calificaba de preciosas, en libros desconocidos. Leia en voz alta empujando en la página que le indicaba, durante dos horas. El, entretanto se paseaba arriba y abajo, levantando sus ojos al cielo con entusiasmo, pasándose lentamente la mano por su despejada frente y de

tanto á cuánto exclamaba: ¡bueno! ¡bueno! Yo noté muy pronto que aquello no eran artículos de ciencia pura sino páginas de filosofía audaz y de moral desconocida. Prolongaba mi lectura por respeto, esperando que me interrumpiría, pero viendo que me dejaba continuar, comenzaba á temer por mi fé y cerrando el libro, le decia:

Pero, padre mio, ¿no son heregias lo que estamos leyendo? ¿Creeis que nada hay en estas páginas demasiado hermosas quizá, que sea contrario á nuestra religion?

Al oír estas palabras se paraba bruscamente en medio de su paseo y con aire desalentado, me tomaba el libro de las manos, lo arrojaba sobre una mesa, y me decia.

—¡No sé! no sé hijo mio, soy una criatura enferma y limitada, no puedo emitir juicios sobre estas cosas, las leo sin decir que son buenas ó malas. ¡No sé, no sé! trabajemos.

Y ambos en silencio nos poníamos á elaborar, sin atrevernos, yo á profundizar mis pensamientos, él á comunicarme los suyos.

Lo que mas me enojaba era oírle citar é invocar incesantemente las revelaciones de un Espíritu todopoderoso que jamás designaba claramente. Daba á este nombre de espíritu la extension mas vaga. Tan pronto parecia usar este vocablo para calificar á Dios creador é inspirador de todas las cosas, como reducía las proporciones de esta esencia universal, hasta personificar una especie de génio familiar, con el cuál hubiese tenido, cuál otro Sócrates comunicaciones cabalísticas. En tales momentos se apoderaba de mí un terror tan extraordinario que no me atrevia

á dormirme; me encomendaba á mi ángel custodio y murmuraba fórmulas de exorcismo siempre que mis pesados ojos veían las visiones de los sueños. Tornábase entonces mi espíritu tan débil que aún me daban tentaciones de ir á confesarme al padre Hege-sipo; si no lo hacia es que siendo inquebrantable mi cariño hácia el padre Alejo temia perderlo con mis confesiones por mas cuidado y reseva que en él las pusiese. Sin embargo dos de las cosas que mas me habian preocupado no tenían ya lugar. Cuando mi maestro se dormía con el libro en la mano, la cabeza inclinada en la actitud de un hombre que lee, al despertar de su sueño no creia como ántes, haber leído ni me referia las sentencias imaginarias que en dicho libro pretendia haber encontrado. Además habia desaparecido el cuaderno de blancas páginas, en el que leía de corrido, afectando volver y empezar las hojas como si fuese un verdadero libro. Así podia atribuir estas prácticas estrañas á una debilidad pasajera de sus facultades mentales, fase dolorosa de la enfermedad de la cuál acababa de salir y de la que no tenia conciencia. Yo me guardaba muy bien de recordarle todo esto por temor de apesadumbrarle. Si su estado físico empeoraba, su cerebro parecia estar enteramente restablecido: pensaba y no soñaba.

Como no cuidaba de su salud y no queria sujetarse á régimen alguno, yo perdí toda esperanza de verle curado. Desechaba todos mis ruegos, diciendo que el decreto del destino era inevitable y hablaba con cristianísima resignacion de la fatalidad que parecia entender del mismo modo que los musulmanes. En fin, habiéndome un dia echado á sus piés y supli-

cádole con lágrimas que consultase á un célebre médico, de paso por el país, vile acceder á mis deseos con melancólica complacencia.

—Tú lo quieres, me dijo, ¿pero qué utilidad hay en ello? ¿Qué puede un hombre sobre otro hombre? Levantar un poco las fuerzas de la materia, retener en ella el soplo animal algunos dias mas. El espíritu solo obedece al soplo del Espíritu y el Espíritu que reina sobre mí no cederá ánte la palabra del médico, de un hombre de carne y hueso, cuando toque la hora señalada, fuerza será restituir la chispa de mi alma al hogar que me la prestó. ¿Qué harás tú de un hombre niño, de un viejo idiota, de un cuerpo sin alma?

A pesar de todo esto, consintió en recibir la visita del médico. Al verle, el doctor se estrañó de hallar á un hombre tan jóven (el padre Alejo no tenia mas que sesenta años) y de constituciou tan robusta en tal estado de abatimiento. Juzgó que el trabajo intelectual habia arruinado aquel cuerpo demasiado descuidado, y recuerdo le dijo estas proverbiales palabras, que entonces oí por primera vez.

—Padre mio, la hoja ha gastado la vaina.

—¿Qué importa una vaina mas ó menos? contestó mi maestro sonriendo.

¿No es indestructible la hoja?

—Sí, respondió el doctor, pero puede oscidarse si la vaina vieja no la protege.

—¿Qué importa que una hoja mellada se oscide? repuso el padre Alejo.

Está ya incapaz de servir y es preciso que el metal vuelva á la hornaza para elaborarlo y emplear-nuevamente.

Viendo el doctor que yo era el único que sinceramente me interesaba por el padre Alejo, me llamó aparte y me preguntó minuciosamente acerca de su género de vida. Cuando le notifiqué el exceso de trabajo á que se abandonaba mi maestro y la excitacion continua de su cerebro, dijo hablando para sí:

«Es evidente que el fogan ha dado demasiado calor; la sublime llama lo ha devorado todo; será preciso apagarla algo.»

Prescribió por escrito el régimen que debia seguirse y me avisó de que lo hiciese seguir fielmente, despues de lo cuál pidió á su nuevo enfermo permiso para abrazarle; los cortos instantes trascurridos á su lado habian bastado para cautivarle el corazon. Tal muestra de simpatia hácia mi maestro me afectó y me entristeció profundamente: aquel beso se parecia á un eterno adios.

El doctor no debia volver al país hasta concluir la estacion que acabábamos de principiar.

Los remedios prescritos produjeron al principio maravilloso efecto.

Mi buen maestro recobró el uso y la actividad de sus miembros; su estómago se robusteció y algunas noches gozó de apacible sueño. Pero mi gozo no fué de larga duracion; á medida que su cuerpo se fortalecia, su espíritu se volvia melancólico. A la melancolia sucedió la tristeza, á la tristeza el estupor, al estupor el desórden. Luego todas estas fases se presentaron alternativamente en el mismo dia y todas sus facultades perdieron el equilibrio.

Ví reaparecer aquellos insomnios durante los cuáles su cerebro trabajaba fatigosamente sobre qui-

meras. También vi presentarse de nuevo el maldito libro blanco que tanto disgusto me había causado y no solo leía en él sino que diariamente trazaba en él caracteres imaginarios, con una pluma que nunca mojaba en tinta. Un tedio profundo, una inquietud secreta parecían aniquilar los flojos muelles de su alma. Apesar de esto seguía manifestándose la misma bondad y la misma ternura, apesar mio también intentaba proseguir mi enseñanza, pero se amodorraba al cabo del rato, al momento despertábase sobresaltado y cogiéndome por el brazo, me decía:

—No obstante tú le has visto, ¿es verdad; le has visto bien, solo una vez lo has visto?

—¡Oh! querido maestro mio, le decía! qué lástima no pueda traer á vuestro lado á ese amigo que tanto amais! Su presencia aliviaria vuestro mal y reanimaria vuestra alma.

Entonces despertaba del todo, y me decía:

—Cállate imprudente, cállate; ¿de qué estás hablando, deseas pues que no vuelva y que muera sin haberle visto?

Yo no me atrevia á añadir una palabra, no abrigaba curiosidad alguna, solo me quedaba el dolor junto con no sé que sentimiento de espanto.

Una noche, postrado por el cansancio, me dormí algo mas pronto y mas profundamente que de costumbre y tuve un sueño. Soñé que volvía á ver al hermoso desconocido cuya ausencia tanto affigia á mi maestro. Se acercaba á mi lecho é inclinándose hácia mí me hablaba al oído. No digas que estoy aquí, me decía, ese terco anciano se empeñaria en verme y no quiero visitarle hasta la hora de su muerte. Suplíquele que se dejase ver de mi maestro, rogán-

dole tuviese en cuenta cuán dignos de compasion eran los dolores de su alma y cuán ardientemente suspiraba por su presencia. Desperté entonces y me incorporé en la cama; esta vision me había afectado y necesitaba abrir los ojos y extender los brazos para convencerme que todo ello era un fantasma creado por mi sueño. Por tres veces se me presentó el jóven con toda su bondad y su belleza. Su voz resonaba en mi oído como lejanos sonidos de una lira y su presencia despedía un aroma como el de las azucenas al salir el sol. Por tres veces reiteré mi súplica y por tres veces me desperté y me convencí de que todo era sueño. Pero á la tercera oí al padre Alejo que desde su celda me llamaba con vehemencia. Corrí hácia él y al resplandor de una lamparilla que ardía encima de la mesa, vile sentado en la cama, con la barba erizada, los ojos encendidos y todo él fuera de sí.

—¡Le habeis visto, me dijo con voz fuerte y ruda, muy diferente de su timbre ordinario! ¡Le habeis visto y no me habeis avisado! ¡Os ha hablado y no me habeis llamado! ¡Os ha dejado y no me lo habeis enviado! ¡Desgraciado, serpiente avivada en mi seno! me has robado ni amigo, mi huesped se ha vuelto el tuyo! ¡vívora! me has vendido, me has despojado, me das la muerte!

Se echó hácia atrás encima de la almohada y perdió el sentido durante unos momentos. Creí que acababa de expirar y froté sus heladas sienes con la esencia que acostumbraba á usar cuando se veía amenazado de síncope. Le calenté los piés con mi ropa y las manos con mi aliento; no percibía el ruido del suyo y sus dedos estaban envarados por un

frio mortal. Empezaba á desesperarme cuando volvió en sí y levantándose suavemente apoyó la cabeza sobre mis hombros.

—Angel, ¿qué haces á mi lado á estas horas? me dijo con inefable bondad.

¿Acaso estoy mas enfermo que de costumbre? Pobre hijo mio, yo me tengo la culpa de tus zozobras y de tus desvelos.

No quise decirle nada de lo sucedido y aun menos preguntarle acerca de la increíble coincidencia de su vision con la mia, temia suscitar su delirio. Parecia no conservar ningun recuerdo y exigió me volviese á la cama. Obedecí, pero permanecí atento á todos sus movimientos; parecióme que dormia y que respiraba con dificultad; su opresion aumentaba y disminuía como el lejano rumor del mar. Por fin me pareció mas aliviado y sucumbí al sueño que me dominaba; mas al cabo de cortos instantes despertóme al sonido de una enérgica voz que no era la suya.

—No, tu no me has conocido jamás, no me has comprendido nunca decia aquella voz severa; he venido hácia tí mas de cien veces y tú no te has atrevido á pertenecerme ni una sola ¿pero que hay que esperar de un fraile sino perplejidad, cobardia y sofisma?

—¡Pero te he amado respondió la voz lastimera y débil del padre Alejo. Lo sabes; te he implorado, te he seguido, he empleado todas las potencias de mi ser en penetrar el sentido de tus parábolas, te he invocado de rodillas, he abandonado el culto de los hebreos, he dejado al Dios de los judíos y de los gentiles retorcerse angustiosamente sobre su

sangriento patíbulo sin concederle una lágrima, sin dirigirle una plegaria.

—¿Y quién te lo habia mandado así? repuso la voz. ¡Monje ignorante, filósofo sin entrañas, mártir sin entusiasmo y sin fé! ¿Te he prescrito nunca despreciar al nazareno?

—No, tu nunca te has dignado pronunciarte sobre cosa alguna, no has querido mostrar la luz á quien por tí, hubiera pasado por todas las idolatrias. Tú lo sabes, si lo hubieses deseado yo hubiera roto el hábito y habria ceñido la espada llevando el acero y el fuego á las cuatro partes del mundo, imponiendo tu culto á los humanos desde sur á norte, desde poniente á levante, predicando tu evangelio, haciendo resonar mi palabra por doquiera. En mí residia la voluntad, el poder, solo tenias que decir: ¡Marcha, poner la tea en mis manos, caminar delante de mí como una estrella! En tu nombre hubiera encadenado los mares y trasportado las montañas. ¿Por qué no lo has querido así! no te faltarian ahora altares y yo habria vivido, tú serias mi dios y yo tu profeta.

—Sí, sí, dijo el desconocido, abrigas ambicion y orgullo de consuno, de haberte alentado hubieras consentido en ser tú mismo un dios.

—Oh maestro, no me desprecies, no hagas irision de mí. Tenia esos instintos, los he atacado. Desaprobaste mis votos temerarios, mi audacia insensata y te sacrifiqué todos mis sueños. Dijiste que la violencia no gobernaba los siglos y que el *Espíritu* no habitaba en atmósferas sangrientas ni en el tumulto de los ejércitos. Me indicaste que era preciso buscarle en la oscuridad, en la soledad, en el

silencio y en el recogimiento. Me aseguraste que se le encontraba en el estudio, en el desprendimiento, en la vida humilde y retirada, en las vigili-
as, en la meditacion, en la incesante aspiracion del alma. Me aconsejaste que le buscara en las entrañas de la tierra, en el polvo de los libros, en la podredumbre del sepulcro y héle buscado donde me has dicho y sin embargo no lo he encontrado..... ¡y voy á morir en el horror de la duda y en el espanto que me causa la nada!

—¡Calla, blasfemo cobarde! replicó la voz tonante. Es la sed de gloria quien causa tus penas, es tu orgullo quien te impele á la desesperacion. ¡Gusano soberbio no te resignas á bajar á la tumba sin haber penetrado el secreto de la omnipotencia. Pero ¿qué importa al pasado inexorable, á los innumerables séres futuros, que un monje mas ó menos haya vivido en la impostura y muerto en la ignorancia? ¿Fenecerá la inteligencia universal porque un benedictino haya ergoteado sofisticamente contra ella? ¿Será destronada la potencia infinita porque un fraile astrónomo no haya podido medirla con sus lentes y con sus compases?

Una risotada cruel resonó en la sala y contestóla mi maestro con un lastimero quejido. Yo escuchaba este diálogo con angustia indefinible. Con los piés desnudos sobre el frio suelo, cerca de la puerta entreabierta, conteniendo mi respiracion, habia procurado ver al huésped desconocido de tan aciaga noche, pero la luz estaba apagada y mis ojos turbados por el miedo no podian atravesar las tinieblas. La afliccion de mi maestro reanimó mi valor, entré en su celda, encendí la lámpara con fósforo y me acer-

qué á la cama. No habia mas personas en el cuarto que él y yo; ningun ruido, ningun desórden, acusaba la marcha precipitada de su interlocutor. Vencí mi espanto para cuidar de mi maestro, cuya desesperacion me destrozaba. Sentado encima de la almohada, el cuerpo enteramente doblado como si formidable mano hubiese partido sus riñones, ocultaba su faz entre las temblorosas rodillas, daba diente con diente y lágrimas abundantes corrian por su rostro bañando sus plateadas barbas. Arrodilleme á su lado; uní mis lágrimas con las suyas prodigándole filiales caricias. Se abandonó algunos momentos á esta efusion simpática y arrojándose en mi seno exclamó repetidas veces:

—¡Morir, morir desesperado! ¡morir sin haber vivido y no saber si se muere para revivir!

—Padre mio, amado maestro, no sé que tristes visiones turban vuestro sueño y el mio. Yo no sé que fantasma ha entrado esta noche aquí para tentarnos y amenazarnos, pero, ora sea un ministro del Dios vivo que viene á inspirarnos saludable terror, ora sea un espíritu de tinieblas que viene para dañarnos induciéndonos á desesperanzar de la bondad del Sér Supremo, haced cesar esas cosas sobrenaturales, entrando de nuevo en el gremio de la santa Iglesia. Conjurað los demonios que así os sitian, ó atraeos el favor de los ángeles que os visitan recibiendo los sacramentos y permitiéndome rezar las oraciones de nuestro santo rito.....

Déjame, déjame, querido, me dijo rechazándome suavemente, no fatigues mi cerebro con pueriles idscursos. Déjame solo, no turbes tu sueño y el mio con vanos temores. Todo eso es ilusion, me siento